

El alma perfecta

Una meditación sobre la transformación, un tema del libro
de Rick Hocker, *Cuatro en el Jardín*.

¿Por qué no podríamos todos nosotros haber nacido perfectos? ¿No resolvería eso todos los problemas del mundo? Si fuéramos perfectos, Dios se habría librado de mucha angustia. Pero no somos perfectos, ni al nacer ni al morir. Nacemos imperfectos en un mundo imperfecto donde existe el mal. Dios no podría haberlo planeado de esta manera. ¿O lo hizo?

¿Cómo sería si fuéramos creados perfectos? Seríamos perfectos. Nuestros cuerpos no tendrían ningún defecto o discapacidad. Estaríamos completamente desarrollados al nacer, teniendo todo el conocimiento que necesitábamos para la vida. Sabríamos el bien del mal y siempre tomaríamos las decisiones correctas. Si fuéramos perfectos, no habría margen de mejora.

Pero sin margen de mejora, no podría haber aumento en el intelecto o la madurez. No podría haber crecimiento, o cambio o expansión del espíritu. Estaríamos encerrados en un estado de perfección inmutable. No podríamos ser otra cosa que lo que ya éramos. No tendríamos necesidad ni deseo de mejorarnos porque ya habíamos llegado a nuestro destino.

Al crearnos, Dios no quería crear seres perfectos. En cambio, quería crear seres capaces de crecer y expandirse sin límites. Quería que estos seres tuvieran una sensibilidad, madurez y gracia cada vez mayores. Deseaba seres que pudieran ofrecerle una profundidad infinita de relación a lo largo de la eternidad. Estas criaturas serían la mayor de todas las creaciones de Dios.

Llamemos a este nuevo tipo de criatura un ser PERFECTO.

Aunque Dios puede crear seres perfectos, como los ángeles, no puede crear seres perfeccionados. La madurez no se puede crear. Se desarrolla con el tiempo y requiere el combustible y el fuego de las experiencias de la vida. Un ser perfeccionado crece, no se crea.

Dios está trabajando cultivando seres perfeccionados. Este tipo de

perfeccionamiento no es un destino fijo, sino una transformación. Es un estado de crecimiento continuo. Es un movimiento constante de gloria en gloria, una cualidad de ser cada vez más profunda y cada vez más amplia. Este proceso no es estático, sino que es dinámico como la expansión infinita del universo. Dios ha incorporado en cada uno de nosotros la capacidad única de crecer indefinidamente por toda la eternidad. Esta capacidad nos distingue de todas las demás criaturas, incluso los ángeles. Nos califica para convertirnos en compañeros adecuados para Dios.

El proceso que perfecciona.

Para que seamos perfeccionados, Dios tuvo que diseñar un proceso. Nuestra vida aquí en la Tierra es el proceso. Dios sabiamente determinó que nacemos en el mundo con una naturaleza quebrantada, predispuesta al egoísmo y la obstinación. Y también determinó que la tentación y el mal coexistirían en la Tierra con nosotros. ¿Por qué? Para que podamos ser perfeccionados.

¿Cómo entonces somos perfeccionados? Somos perfeccionados a través del sufrimiento. Somos perfeccionados cuando cometemos errores, cuando enfrentamos desafíos y dificultades. Somos perfeccionados cuando mostramos compasión por los demás, especialmente cuando amamos y perdonamos a los imperfectos.

Si fuéramos perfectos, nunca cometeríamos errores y, por lo tanto, no aprenderíamos de ellos. Si otros fueran perfectos, no necesitaríamos aprender perdón o compasión. Si viviéramos en un mundo perfecto, no seríamos desafiados o creceríamos.

El plan perfecto de Dios no ha sido frustrado. La intención de Dios era que el pecado y la corrupción entraran al mundo. El propósito de su existencia no es atormentarnos, sino darnos algo que vencer y, al hacerlo, transformarnos. Por lo tanto, se hace necesario que experimentemos sufrimiento: pérdida, desilusión y dolor. Con la transformación en mente, Dios quiere que suframos.

Quiere que cometamos errores. Él desea que probemos el fracaso. También tiene la intención que riemos y nos divirtamos. Él quiere que experimentemos todo el espectro de la vida y los sentimientos. Espera ansiosamente que participemos plenamente en la experiencia de la vida para que seamos la plenitud de lo que estamos destinados a ser.

No defiende el sufrimiento autoimpuesto. En tiempos pasados, las personas religiosas solían caer en el sufrimiento autoinfligido, como la autoflagelación, con fines de santificación. La verdadera santificación no puede ser apresurada o ayudada por dispositivos de nuestra propia elección. El sufrimiento es ordenado por Dios y la santificación es el resultado de cómo respondemos a ese sufrimiento. Debemos dejar que Dios elija los medios de nuestra santificación y no agregar más vinagre a la copa de sufrimiento que nos ha destinado a beber. Dios sabiamente sabe lo que se necesita para nuestra santificación.

Responder al sufrimiento

El sufrimiento es el catalizador de la transformación. Tiene el potencial de crear una profundidad de carácter y madurez que es inalcanzable de otra manera. El sufrimiento en sí no nos transforma, pero es el combustible por el cual podemos ser transformados, si lo buscamos. La transformación depende de cómo respondamos al sufrimiento.

Los seres humanos más espectaculares son aquellos que han sufrido de alguna manera. Se han transformado a través de sus pruebas en personas desinteresadas y amorosas. Pienso en los santos y mártires que sufrieron y fueron recordados no por lo que sufrieron, sino por su carácter. Estas personas no habrían sido tan increíbles si no hubieran sufrido como lo hicieron.

En algún momento de nuestras vidas, experimentaremos sufrimiento. Es necesario para nuestro crecimiento. Cuando nos encontramos con el

sufrimiento, debemos entender que puede ser utilizado como una energía transformadora en nuestras vidas. El sufrimiento en sí no es beneficioso. El beneficio proviene de lo que el sufrimiento puede lograr en nosotros si permitimos que Dios lo supere. No debemos resistir el sufrimiento, sino permitir que nos cambie a medida que confiamos en Dios en medio de él. La transformación ocurre cuando entregamos nuestro dolor a Dios y Él convierte el dolor en crecimiento.

El verdadero problema es el crecimiento, no cuánto sufrimiento hemos experimentado. El sufrimiento no es la única forma en que podemos crecer. El crecimiento puede provenir de muchas fuentes. Más sufrimiento no garantiza más crecimiento. Algunas personas sufren mucho y no crecen ni se vuelven amargas. La calidad de nuestro personaje no es proporcional a cuánto hemos sufrido.

Las Escrituras nos dan la analogía del horno del refinador con respecto al sufrimiento (Isaías 48:10). La plata y el oro se refinan calentando el metal a una temperatura muy alta a la que las impurezas flotan en la superficie y se pueden eliminar. Del mismo modo, el sufrimiento se convierte en el fuego que calienta nuestras vidas y saca a la luz nuestras imperfecciones. Dios puede entonces aferrarse a nuestro pecado e inmadurez, y realizar un trabajo profundo de crecimiento y curación. Por lo tanto, somos refinados y purificados al pasar por el fuego del sufrimiento.

Las Escrituras también dicen que era apropiado que Dios hiciera a Jesús, el autor de nuestra salvación, perfecto a través del sufrimiento (Hebreos 2:10). Como un ejemplo perfecto para nosotros, Jesús demostró que el sufrimiento es parte de la experiencia humana. Aunque Jesús ya era perfectamente divino, necesitaba ser perfeccionado en su humanidad a través de lo que sufrió. Como seguidores imperfectos de Cristo, podemos esperar que nosotros también debamos experimentar el sufrimiento para ser perfeccionados.

Una nueva criatura

Creo que Dios desea apasionadamente que seamos la expresión completa de lo que Él nos ha diseñado para ser. Hay un destino único para cada uno de nosotros que está en el corazón y la mente de Dios. Por lo tanto, creo que la vida de cada persona, con todas sus dificultades, está diseñada a medida para producir un resultado especial. Todos los elementos de nuestras vidas, lo bueno y lo malo, son la cultura en la que crecemos. Las dificultades y fallas que son exclusivas de su vida están diseñadas para ser el medio por el cual Dios puede cumplir su diseño final para usted. Todo en la vida tiene un propósito: la formación de un nuevo ser a partir de las materias primas de un alma humana.

En esta etapa, somos como orugas, frágiles y vulnerables. Podemos romper o autodestruirnos. Como orugas, no podemos comprender cómo será ser una mariposa. Su belleza está más allá de nosotros. Su nueva naturaleza es inconcebible para nosotros. Y, sin embargo, a pesar de eso, experimentaremos esta maravillosa transformación que está más allá de las mariposas y la perfección estática de los ángeles. Creo que Dios creó el milagro de la metamorfosis para presagiar el misterio de nuestra inevitable transformación.

Este mundo es una mezcla especialmente diseñada que contiene el potencial para la vida espiritual y la madurez. Dios creó este mundo con el propósito principal de madurar las almas. Nuestra vida en la Tierra se convierte en el crisol en el que se colocan las materias primas. Debido a estos ingredientes divinamente colocados, se puede cultivar una forma mejorada de vida espiritual: almas humanas transformadas.

En realidad, estamos siendo preparados por Dios para Dios. Estamos siendo preparados para una relación con Él. Algunas personas piensan que estamos siendo preparados para el servicio, pero Dios ya tiene ángeles para servirle. Dios está desarrollando en nosotros la capacidad de ser sus compañeros por la eternidad. Todas las relaciones en nuestras vidas están destinadas a prepararnos para tener una relación con Dios. A medida que cometemos errores en nuestras interacciones con los demás y aprendemos de ellos, crecemos en nuestra capacidad de escuchar y comunicarnos y de desarrollar

esas habilidades que nos permitirán interactuar con Dios mismo. Al cultivar nuestras relaciones, estamos cultivando nuestra capacidad de relacionarnos con Dios.

No todos se convierten en mariposas

No todas las semillas plantadas crecen hasta la madurez. Desafortunadamente, las personas se descalifican a sí mismas todos los días por sus elecciones. La vida misma que pretende transformarlos es rechazada o evitada. Esta es una triste realidad y, sin embargo, Dios sabía que esto sucedería. La parábola del sembrador de Jesús (Mateo 13: 1-8) cuenta la historia de un agricultor que sembró semillas, pero solo la semilla que cayó en buena tierra creció hasta la madurez. De la misma manera, Dios ha esparcido miles de millones de semillas, o almas, en la Tierra con la esperanza de que algunas crezcan hasta la madurez completa, aunque no todas tendrán éxito.

Podemos sabotear este proceso de transformación. A menudo, lo hacemos por nuestra propia ignorancia. No entendemos la vida ni a Dios. No sabemos cómo responder a la vida tal como se nos presenta. Nos escondemos de él o lo rechazamos por completo. Nuestras elecciones determinan cuánto nos transforman nuestras circunstancias. ¿Tomamos decisiones que nos estimulan a crecer y a estirarnos? ¿O tomamos decisiones que nos mantienen cómodos y estancados? No creceremos si no somos desafiados. No nos expandiremos si no tomamos riesgos. Crecemos muy poco cuando la vida es fácil y cómoda. Podemos madurar más cuando la vida nos da dificultades.

Una nueva perspectiva

No deberíamos preocuparnos demasiado por la injusticia de la vida, las oraciones sin respuesta o las malas decisiones que hemos tomado. Un enfoque más valioso es buscar ser transformado por la vida. No debemos medir nuestra vida por todas las cosas buenas o malas que hemos hecho, sino por cómo hemos respondido a las circunstancias de la vida, ya sean buenas o

malas. ¿Elegimos confiar en Dios y confiar nuestras vidas a Él, creyendo que Él puede transformarnos a través de todo lo que pasamos?

Dios espera que podamos entender este proceso de transformación y abrazarlo. Abrazar este proceso es abrazar la vida. Abrazar la vida es dar la bienvenida a sus alegrías y dolores, experimentar profundamente el espectro completo de las experiencias de la vida y permitir que nos transforme en belleza.

“No somos seres materiales en un viaje espiritual; somos seres espirituales que necesitamos un viaje terrenal para llegar a ser completamente espirituales”. - John Bradshaw

Si le gustan los artículos de inspiración como éste, visite

<http://www.rickhocker.com/articulos.html>

Rick Hocker

Autor de *Cuatro en el Jardín*.

Ganador del premio Readers' libro internacional favorito.

Una fantasía espiritual sobre el poder transformador de la confianza.

Disponible en impresión y libros electrónicos en todas las tiendas en línea.

Correo electrónico: rick@rickhocker.com

Sitio web: www.rickhocker.com

Amazon: www.Amazon.com/DP/0991557700

Facebook: www.facebook.com/RickHockerAuthor